ELEGÍA

¡Ya nunca, Delio, bella y tremulante La llena luna al espirar el día Alumbrará tu pálido semblante!

¡Ya nunca el aura sonorosa y fría Ha de venir por halagar tu oído, Estremeciendo la arboleda umbría!

No escucharás el plácido balido De las ovejas, ni el sabroso canto Que ensaya el ave en su colgante nido.

Del mirto la fragancia, del acanto Los artísticos pliegues, del helecho Vaporoso y magnífico el encanto,

Y de las chozas el negruzco techo, Ya nunca un sentimiento de ternura Despertarán en tu sensible pecho.

Como las aguas de la fuente pura Gimiendo corren á buscar los mares Para jamás volver á la espesura; Cual las hojas que arranca por millares El cierzo frío van sin la esperanza De tornar á sus troncos seculares;

Como la débil hiedra que se afianza Al grueso pie de protector encino, Si éste cae, jamás su cumbre alcanza;

¡Así tú, Delio...; bárbaro destino! Has entrado en el reino de la muerte Para nunca salir... pastor divino!

¡Nunca mis ojos tornarán á verte.... Ni asestará sus dardos importuna A tu amoroso corazón la suerte!

Tal vez ahora al rayo de otra luna, En la piragua del feroz Barquero, Vas cruzando la frígida Laguna;

Y absorto acaso miras pasajero El agua turbia, el cárdeno horizonte, Las negras ovas é insondable estero;

Y al acordarte del peñón bifronte Que tu redil protege y tu cabaña En el declive de apacible monte,

Solo, entre sombras, en región extraña, Tal vez sollozas, y caliente lloro En largas venas tus mejillas baña.

Tal vez escuchas el crujir sonoro

Del remo grácil, y de espectros vanos

Yerto presides el funesto coro.

¡Tal vez me llamas!... y al mirar lejanos Los dulces valles de la opuesta orilla, Tiendes á mí tus suplicantes manos.

Busco tu fosa, y mi surcada frente de la Crudo el dolor hasta la tierra humilla.

Ni los murmurios de la tibia fuente, Ni del jazmín la embriagadora esencia, Ni el susurrar de triscador ambiente,

Ni de las aves la eternal cadencia, Un momento me roban tu memoria, Pues sólo vivo por llorar tu ausencia.

En repasar tu lastimera historia Recorriendo los bosques y colinas Que tanto amabas tú, cifro mi gloria.

Viendo correr las aguas cristalinas Desde que asoma la rosada aurora, Me envuelven de la tarde las neblinas.

Y repite gimiendo á toda hora, «¡Ven, Delio... ven!» la vigilante peña Llamándote con voz desgarradora.

De sus corimbos la fragante alheña Al peso cede, y sobre el mustio suelo Teje el nido la tórtola mesteña;

Cruzan las nubes con el mismo anhelo De púrpura teñidas y amarillo Por la mañana el zafirino cielo;

Mis cabritas el húmedo tomillo Vienen tronzando; y al facundo arroyo Baja, como antes, el zagal sencillo;

En las rampas vestidas de verdoyo Tiende sus brazos la amorosa hiedra Buscando un árbol que le preste apoyo;

Y del ciprés entre el follaje medra Y en bandas flota el musgo ceniciento Acariciando la vecina piedra....

¿ Qué importa!..¿ qué! Del ábrego el lamento Y ese parlar eterno de los ríos Escucho con el mismo sentimiento. Son para mí los ricos atavíos De la campiña funeral sudario, Y páramo los cármenes sombríos;

Del tierno ruiseñor el canto vario Y del jilguero el melodioso trino, Baladros del mochuelo solitario.

¿ Y en dónde, en dónde estás?... Del triste Alcino Apiádete la negra desventura; Y presto ven, oh bardo peregrino, Por conducirle á tu mansión obscura. paramo los calments comernos,

del júguero el melodroso trino,
caladros del mochuelo solitario.

¿ Y en donde, en donde estas? . . . Del trista Alcia
apiadeto la negra desventura;

presto ven, on bardo peregrino,

AL VOLVER AL CAMPO.

¡Quién me diera ocultarme en las ondas Cristalinas del lúbrico río, Que atraviesa encrespado y bravío La llanura del suelo natal! ¡Quién me diera esconderme en el bosque Silencioso que al Valle circunda, Y buscar en la vida errabunda Un alivio á mi tedio mortal!

Ya no escucho el rumor de la fuente;
Ni me arroban los mirlos cantores;
Insensible del prado las flores
Miro y huello sin grata emoción:
Y aun el cielo, ese diáfano cielo,
Casto amor del pindárico artista,
De zafir ó de grana se vista
Ya no logra fijar mi atención.

Las montañas, del céfiro blando
Los murmurios, la nube de encaje,
No me alegran, ni el rojo celaje
Ni de Febo el divino esplendor;
Y en la noche la trémula luna
Alumbrando la adusta maleza
Sólo viene á doblar mi tristeza
Acreciendo del alma el pavor.

¿Soy el mismo? ¿ el aquél de otros días Que arrogante, en la flor de la vida, A la margen de fuente escondida Entonaba su dulce cantar? ¿ El aquél pastorcillo dichoso Que en alfombra de grama y verbena Recostado, en la tarde serena Sus corderos miraba pastar?

¡Son los mismos la luna y el prado, El celaje, la nube, el ambiente, Las florestas, el cielo, la fuente, Los rebaños, el ave, el peñón! El cambiado soy yo.... Mi horizonte El destino maléfico enluta; Y halla espinas tan sólo en su ruta Mi sensible y leal corazón.

¡Oh ciudad! con efímero halago
A tu seno letárgico y triste
Me llevaste; y en pago me diste
Un momento de dicha fugaz.
Por seguirte dejé mi llanura,
Mi rebaño, mi rústico nido;
Y en un punto por siempre he perdido
La salud y del alma la paz.

Vuelvo á ti (y ¡ay de mí, cómo vuelvo!)

Dulce campo. Tus húmedas brisas

No le niegues y gratas sonrisas

A tu pobre, infeliz montañés.

Dame, oh selva, magnífica selva,
En tus pliegues humilde morada;
Y una tumba tranquila, ignorada,
A la sombra de negro ciprés.

SONETOS

RELIGIOSOS Y MORALES

qOb ciudad I con primero halugo
A tu seno letárgico y miste
Me Hevaster y en pago me diste
En momento de diolar tugaz.
Por seguiracideis mi llaman,
Mi mbaño, mi rustico nido;
Co un pauto por siempre de perdica salud y del alma la pac.